

La interpretación del patrimonio como herramienta de conservación de las salinas litorales

Amanda Rivillas Vitondo
Atlántida Medio Ambiente♦
amanda.rivillas@atlantidama.com

Las salinas litorales son lugares excepcionales y raros en el más puro sentido matemático del término. Reconocidos como Hábitats de Interés Comunitario Prioritarios (HIC*) de la Red Natura 2000, precisamente por esa rareza y fragilidad y, por supuesto, por sus impresionantes valores naturales, se encuentran en serio riesgo de desaparición tal y como hoy las conocemos.

Es interesante y necesario considerar que estos HIC*, así como las dehesas, requieren del manejo para su subsistencia. Es decir, son ecosistemas que habiendo sido transformados para su explotación se encuentran naturalizados y en equilibrio, aportando tal cantidad de bienes y servicios, que se justifica su protección como espacios naturales protegidos bajo diversas figuras internacionales, europeas, nacionales y regionales.

En resumen, nos encontramos ante unos espacios *hiperprotegidos* sobre el papel, que necesitan de la intervención humana para sobrevivir.

Pero no solo asombran esos elementos concernientes a la flora y la fauna, los procesos y dinámicas ecológicas o el acervo genético derivado de encontrarnos en ecosistemas extremos, sino también su peculiar patrimonio cultural e histórico.

Si pensamos que nos hallamos ante ingenios que llevan miles de años evolucionando para cubrir la necesidad vital de consumir sal, es fácil comprender que se ha gestado toda una *identidad territorial* alrededor de las salinas, representada en lo singular del paisaje, el léxico, el utillaje o la arquitectura salinera. “Organicismo funcional”, lo llama Suárez Japón en su artículo *Sobre las arquitecturas salineras de la Bahía de Cádiz*, pues cada elemento utilizado, cada estructura ingeniada, tiene la vocación de dar solución o cobertura a una necesidad.

Y si las necesidades cambian, las estructuras cambian, los usos cambian, y el patrimonio asociado a ellas, especialmente el inmaterial, cambia.

Pero es tanta la fuerza de la inercia, la resistencia al cambio, la necesidad de permanencia y la incapacidad de las personas de ver más allá de su propio espacio-tiempo, que nos hallamos en una fuerte encrucijada: la supervivencia de

♦ <https://salinasyempleosostenible2018.wordpress.com/>

las salinas tradicionales, aquellas en las que se atesora tanta *memoria evolutiva*, está condicionada por su rentabilidad y, como otros oficios, el de salinero parece estar desapareciendo. Sin embargo, yo me pregunto ¿desapareciendo o evolucionando?



Sitio de Interés Científico Las Salinas de Fuencaliente, La Palma, Canarias. *Fotografía: Raúl Caamaño.*

La sal siempre será un elemento indispensable para la vida, de tal manera que no dejaremos de arañársela a la tierra o sacársela al mar, solo que los procesos se irán adaptando a los nuevos tiempos. Y es cierto que la pérdida puede ser mucha: patrimonio cultural, patrimonio natural, memoria evolutiva, pero también empleos en manos de la industrialización, modos de vida, oficio y tradición. Aquí me surge la duda: ¿no estaremos errando el análisis? Y es que quizás vemos gigantes donde solo hay molinos y molinos donde enfrentamos verdaderos gigantes... una rica gama de asuntos a ser tratados con la interpretación del patrimonio como método de comunicación:

- Desde el punto de vista natural, las salinas son humedales, y estos resultan tan sumamente indispensables para la conservación de la biodiversidad –y la vida en general– que existe normativa a todos los niveles (internacional, europea, nacional y regional) exigiendo responsabilidad a las administraciones competentes, aportando instrumentos y herramientas de gestión y financiación para ello. Hay mucho por hacer, sin duda, pero no faltan motivos, recursos ni interés. Molino.
- El patrimonio cultural también cuenta con sus herramientas de gestión. Bien es cierto que sin vida toda estructura merma y, con ella, sufre. Tracemos un plan. A ser posible viable. No de esos que prohíben todo para conservar cadáveres. De nuevo, contamos con todo lo necesario para ello. Molino.

- Si el oficio y la tradición exigen una evolución, dejémosles evolucionar. Si nos preocupa la memoria, indispensable para no repetir patrones, para comprender y comprendernos, para sentirnos parte de la historia y admirarnos en nuestra fuerza y nuestro ingenio (la historia de la sal es apasionante desde la antigua Roma hasta hoy mismo), tenemos la herramienta perfecta: la interpretación del patrimonio es el único *arte* capaz de mantener viva cualquier historia, cualquier recurso que así lo requiera, dándole su lugar. Sin tratarlas como enfermas terminales, seríamos capaces de aceptar que las salinas pueden evolucionar al ritmo de nuestra historia, al tiempo que el buen o la buena intérprete podrán transportarnos a cualquier momento en su propia evolución, conectarnos con este recurso que es, además, muy agradecido, puesto que sin la figura del intérprete nos encontramos con un paisaje mudo del que, como mucho, cada quien será capaz de intuir rasgos de su riqueza sesgada según su propio perfil (al ornitólogo se le escapará la arquitectura tanto como al restaurador la botánica, por ejemplo). En ese paisaje horizontal, deslumbrante y mudo, la interpretación podría trazar el hilo de la historia, remendar los errores derivados de la falta de agilidad en la gestión, incorporar los detalles, traer el misterio, descubrir lo invisible... Molinos.
- Usemos la interpretación como herramienta también para dar a conocer este patrimonio a quienes aún no conocen, y del que posiblemente provienen; vinculemos no solo al público con el recurso, sino también al pueblo con su tierra; generemos la conciencia sobre la necesidad de su conservación. Y usemos la educación ambiental para generar el respeto y la admiración por esos recursos que a día de hoy soportan estoicamente el vandalismo y el desprecio. Más molinos, si le damos el papel que merecen a la interpretación del patrimonio y a la educación ambiental y, por fin, las incluyamos sin excusa en todo plan de gestión, dotándolas de recursos y exigiendo profesionalidad.

Y enfrentemos los gigantes, si bien serían objeto de un debate mucho más largo: la pérdida de calidad laboral, la industrialización sin escrúpulos ni cuidados, la deslocalización de las empresas en busca de mano de obra y tierras baratas. Alejémonos del enfrentamiento entre salinas industriales y tradicionales: no son la misma cosa y no van a sobrevivir del mismo recurso; el problema es que siguen jugando en la misma liga. No obstante, si hablamos de conservación, ambas pueden resultar igualmente válidas: la diferencia no está entre grandes y pequeñas, sino en buenos o malos modelos de gestión, también empresarial.



Salinas de San Pedro del Pinatar, Murcia. Fotografía: Paola Rodolfi.

- En las salinas tradicionales tampoco se trabaja exactamente como hace un siglo, básicamente porque a muy pocas personas puede apetecerle trabajar tres meses de sol a sol, *a destajo* y sin seguridad en la cosecha. Tampoco como hace quinientos años, porque sería ilegal y esclavista. Las enormes virtudes de las salinas tradicionales no surgen por comparación con las industriales, sino por su genuino devenir. Y resultan necesarias, si continuamos hablando de conservación, precisamente porque las salinas industriales copan el mercado hasta el punto de no necesitar más, por lo cual el resto de espacios salineros, humedales con necesidad de manejo, se irían abandonando, perdiéndose todos sus valores, o dependiendo de las arcas públicas (y esto último, si se llega a tiempo). Y son rentables, claro que lo son, pero quizás no como se espera: no en manos de una sola empresa, no desde el punto de vista meramente económico. Qué duda cabe de que las salinas tradicionales aportan y reparten riqueza. El problema es de modelo. Gigante.
- Y las *grandes* no están exentas de riesgos, no obstante. Si la vida empuja a la industrialización, a la mejora de los procesos y el rendimiento, que atentan contra el oficio, también lo hace hacia esa deslocalización de la que hablaba, la mano de obra barata de países con menos derechos laborales y territorios menos restrictivos. Gigante.

Ha llegado la hora de cambiar el discurso. Ser honestos. Diferenciarse. Aceptar. Y distinguir molinos de gigantes.

Y para esto es imprescindible contar con una administración que sea capaz de comprender la necesidad de diferenciar la gestión de ambos tipos de salinas, de apoyar un desarrollo normativo que bloquee la competencia desleal y aliente el control sobre los diferentes productos y servicios que se pueden llegar a ofrecer desde ellas, grandes y pequeñas, industriales y tradicionales, cada cual lo suyo.

Quizás así, a la hora de hablar de conservación del patrimonio natural y cultural, podríamos apoyar modelos empresariales compatibles con ella, justos y solidarios, que hicieran innecesaria la inversión pública en mantenimiento y/o manejo, pudiendo invertir entonces en una mejor gestión, que cuente con la educación ambiental y la interpretación del patrimonio como herramientas de comunicación.